

Grínor Rojo. *LA NOVELA CHILENA. LITERATURA Y SOCIEDAD*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2022: 422 pp.

“Quizás este sea mi último libro, aspiro a que no sea el peor” (Rojo 13). Con esta oración, Grínor Rojo, uno de los profesores de literatura más destacados de la Universidad de Chile, cierra el prólogo de su libro *La novela chilena. Literatura y sociedad*, publicado en 2022 por la editorial de la Universidad Alberto Hurtado. Lo primero que habría que decir es que el autor, afortunadamente, se equivocó. No ha sido su último libro, mucho menos el peor. Todo lo contrario. El libro, entre varias cosas, se destaca por su claridad y consecuencia metodológica, su lucidez argumentativa y la cercanía de su escritura. Todo estos, elementos que de una u otra forma, conversan con la actualidad de la crítica literaria.

A través de catorce ensayos, el libro recorre 160 años de producción literaria chilena con la mira bien puesta en la relación entre la literatura y la sociedad. Salvo algunos, como uno de los dos que le dedica a Manuel Rojas, los capítulos se articulan en torno a un autor y una novela. A continuación, se enumeran los capítulos que componen el libro: “Bajo el exterior de un pobre provinciano...”. *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana; *Casa Grande. Escenas de vida en Chile* y la oligarquía del centenario; La contra*Bildungsroman* de Manuel Rojas; *La oscura vida radiante* otra vez; María Luisa Bombal desde *La última niebla* a *House of Mist*; Sobre *María Nadie*, de Marta Brunet; *El lugar sin límites* de José Donoso, o acerca de lo propio con propiedad; *El obscuro pájaro de la noche*, de José Donoso ha cumplido 50 años; Edwards multiplicado por Edwards, *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, o de la vuelta a la madre; Carlos Franz, *El desierto* y la doble tragedia de Chile; Diamela Eltit, el bicentenario de la Independencia de Chile y la desestructuración de la novela moderna: *Impuesto a la carne*; Ficción e historia en *Los días del arcoiris*, de Antonio Skármeta; *El sistema del tacto*, de Alejandra Costamagna: esbozo de una guía pedagógica de lectura.

A la hora de leer un libro cuyo título es “La novela chilena”, por lo primero que habría que preguntarse es por el corpus seleccionado. Por qué esos autores, por qué esas novelas, cómo se relaciona esta selección con el problema del canon, y así. Sin embargo, estas preguntas se despejan rápidamente al inicio del prólogo y trasladan la reflexión hacia otro lado. Lo primero que hace el autor es una aclaración sobre ese tema, al señalar que su selección es enteramente subjetiva y que, por lo tanto, no tiene pretensiones de instituirse en un canon; es decir, obedece a inclinaciones personales que permiten catalogarlas como “de calidad excepcional” (9). Esta condición estaría dada,

principalmente, por la riqueza del mundo representado en ellas, en tanto capaces de captar lo que no consiguen la experiencia ordinaria, ni las abstracciones conceptuales de la filosofía y la ciencia. En este sentido, el corpus elegido funciona bien para llevar a cabo el ejercicio propuesto: estudiar las relaciones entre literatura y sociedad, o casi lo mismo, entre ficción y realidad, puesto que por esteticista que sea, la novela está, como con una telaraña, ligada a la vida en todas sus esquinas (Wolf 45)¹.

Esta decisión de realizar una selección subjetiva y personal de las novelas y autores a trabajar, le permite al profesor Grínor Rojo leer con libertad y desarrollar ensayos en toda la extensión de la palabra. Porque si hay algo que se destaca a lo largo de los catorce capítulos, es la soltura y el desparpajo con que el autor toma temas y desecha otros, a la vez que demuestra un amplísimo despliegue de lecturas, europeas y americanas. El ser explícito en la cuestión de la calidad y de la importancia de lo estético a la hora de seleccionar y evaluar las lecturas pone, además, sobre la mesa la necesidad de recuperar la compatibilización entre la capacidad de conocimiento que puede residir en la novela, con su goce estético.

Muy personal también es su escritura, que pareciera querer romper con el elitismo que se le achaca a la crítica literaria académica para así situarse en un punto medio entre ésta y la crítica pública, tomando el saber de la primera y la agilidad de la segunda. De esta manera, siempre con humor, transita constantemente entre acuerdos y desacuerdos con autores bien diferentes entre sí, citándolos no solo para comulgar, sino también para discutir. Intensa es, por ejemplo, la disputa con Lucía Guerra en el capítulo dedicado a María Luisa Bombal respecto a cómo se movió de *La última niebla* a *House of Mist*, “obedeciendo a qué condicionamientos histórico-culturales y habiendo escogido los puentes en virtud de qué criterios” (168). En el ensayo sobre *Martín Rivas*, no trepida al ironizar citando *in extenso* a Raúl Silva Castro sobre las supuestas “impresiones” de Blest Gana del 48 francés aparecidas solamente en *Los desposados*, para anotar a continuación: “sin comentarios”.

Este modo de escribir y de polemizar que se presenta a lo largo de los catorce ensayos, revela, por un lado, la lectura profunda de otros críticos con los que se permite estar constantemente dialogando y, por otro, la amplia caja de herramientas con la que cuenta. De acuerdo a su estilo de crítica –que pelea con los estructuralistas que despolitizaron la literatura a mediados del siglo XX–, que tiene muy en cuenta la conexión de la obra literaria con su contexto histórico-social, con frecuencia hace uso de autores como Lukács, Rancière, Antonio Cándido o Ángel Rama. Y aunque ninguno parece captar de manera excluyente su adhesión, pareciera ser Mijaíl Bajtín quien más lo acompaña. Con todo, es claro que, si bien no pretende independizar la novela de las condiciones de su producción y recepción, tampoco busca convertirla

¹ Virginia Wolf, *Un cuarto propio* (Santiago: Cuarto propio, 2006).

en una mera repetición. La obra literaria —y esto lo señala explícitamente en el prólogo— la trata como algo que “posee una eficacia que es suya y solo suya, y es desde ahí desde donde ella se apropia de lo real circundante y nos lo devuelve enriquecido” (13).

En cada uno de los catorce ensayos que componen el libro, se va revelando un profundo interés en leer, junto con las novelas, el contexto en que se producen y al que inevitablemente remiten, proponiendo de esta forma, más que un canon, tipos de lectura diferentes. Así, por ejemplo, lee *Casa Grande* de Luis Orrego Luco como un “tirón de orejas” para una oligarquía que estaría descuidando, no el componente sanguíneo que la constituye, sino las “leyes sociales implacables” que se extienden “a lo largo de un abanico muy vasto que abarca desde el comportamiento de los comensales en la mesa del banquete hasta los protocolos religiosos y jurídicos que regulan la relación matrimonial” (86). La obra completa de Manuel Rojas, en cambio, es interpretada en estrecha relación con la vida de su autor, entendiéndola como de “contra formación” o, como la denomina Rojo, *contrabildungsroman*.

A diferencia de estos dos ensayos que, aunque proponen modos de lectura específicos, no desatienden en ningún momento la trama y los personajes de las novelas, el capítulo dedicado a María Luisa Bombal al enfocarse casi exclusivamente en los condicionamientos histórico-culturales del movimiento de la autora desde *La última niebla* hacia *House of Mist*, casi no alude al contenido de las obras. Esto le permite realizar un ensayo un tanto diferente a los demás, en el que propone un diálogo con Walter Benjamin y su clásico *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

Siempre con la atención puesta en la relación entre literatura y sociedad, y de ahí la elección de los textos a trabajar, los capítulos van centrando su interés en aspectos diferentes, haciendo de ellos algo nuevo aún en las obras más trabajadas como pueden ser *Martín Rivas* y *El obsceno pájaro de la noche*. En su ánimo de polemista, esto resulta bastante consecuente, puesto que tratar con novelas ampliamente analizadas le entrega la posibilidad de discutir con varios autores a la vez, jóvenes y mayores, y así contribuir en la construcción de una comunidad de crítica literaria. Digna de destacar es la relación, inédita quizás, que hace entre estas dos novelas en su calidad de poseedoras “de uno de los asuntos favoritos de la narrativa burguesa”: la relación de dependencia mutua que se genera entre un representante del mundo letrado que hace las veces de secretario y un exponente del gran mundo (249). Aquí, Humberto Peñaloza y Martín Rivas encarnarían lo primero y Jerónimo Azcoitia y don Dámaso Encina lo segundo. En este, y en otros ensayos también, hace gala de su amplio conocimiento de la narrativa francesa del siglo XIX, añadiendo a los análisis agudos comentarios sobre textos como *Rojo y negro* de Stendhal, *Ilusiones perdidas* de Balzac o *La educación sentimental* de Flaubert.

Más allá de las explicaciones que el profesor Grínor Rojo haya esgrimido para justificar su selección, no se puede negar que ella, aunque no lo busque, es canónica.

Esto incita a situar su trabajo en una tradición de libros que revisan las altas cumbres de la novela chilena como son *La novela chilena. Los mitos degradados*, de Cedomil Goic y *Leer a contraluz*, de Jaime Concha. Pero mientras Goic se centra en otorgar un enfoque prioritario a la obra literaria en sí misma y cerrarse en ella, Grínor Rojo se abre a su contexto; a diferencia de Jaime Concha, quien se deja llevar por la digresión, Grínor Rojo elige la coherencia.

Cristóbal Molina Lorca
Universidad Andrés Bello